

rene C.

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A. VIEUETTE



UNA JOVEN MODERNA

POR

Nº 86

BEBÉ DANIELS y CONRAD NAGEL

30 cts.

DE MILLE, William C.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 86

UNA JOVEN MODERNA

(NICE PEOPLE, 1922)

Muy interesante comedia,
interpretada por los prestigiosos artistas

Bebé Daniels, Wallace Reid,

Conrad Nagel, Julia Faye, etc.



Paramount Pictures Corporation



La Modesta Llamada
Cine-musical de la noche

IMPRESA EN LA IMPRENTA DE J. HORTA

edificios, establecimientos, su tienda, etc.

Revista de la noche

Barcelona

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

hasta en los más elevados
niveles de la cultura y la moralidad.

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona



Una Joven Moderna

Argumento de la película

Vivimos en una época en que una buena parte de la sociedad aprueba extravagancias que antes se consideraban escandalosas y de mal tono y, aunque en algunos países el mal es más grave que en otros, puede decirse que el "jazz" y lo que esta música loca simboliza, son los soberanos del mundo.

La dama que invita a sus amigos a pasar la velada en su casa, no les agasajará como es debido si no les ofrece un "cocktail"... o dos, y "Teddy" Goucester no era una excepción de la regla.

Perfecto tipo de mujer moderna era Elena, amiga de Teddy, una de esas jóvenes elegantes del día, que sólo se quitan el cigarrillo de los labios cuando tienen que usar el lápiz de carmín.

Aquella noche, como de costumbre, "Teddy", muchachita mimada, jamás contradecida por nadie, había invitado a un pequeño grupo de sus amistades, gentes que, como ella, eran esclavas de la frivolidad.

La reunión transcurría entre frecuentes libaciones de buenos vinos y una conversación adecuada al actual modo de ser de la juventud.

"Teddy" hojeó una revista de elegante formato, dejándola luego, displicente, sobre una mesita.

—“Chismografías” no trae esta semana nada interesante. Parece que todo el mundo ha tenido cuidado de no resbalar.

—No hay que desanimarse — respondió su amiga Elena, allí presente—; no tardará alguno en resbalar y nos dará ocasión de divertirnos.



La reunión transcurría entre frecuentes libaciones de buenos vinos...

Llamaron por teléfono a “Teddy”. Era el pretendiente de turno de la muchacha, uno de los jóvenes “bien” más solicitados de Nueva York, llamado Scotty Wilbur.

—Te telefono para decirte que voy a llegar un poco tarde.

—Bueno, no me hagas esperar mucho porque nos iremos todos al baile de “El Capullo de Loto”.

—No faltaré.

Cuando Elena se enteró de la llamada telefónica de Scotty, dijo, sonriendo, a su amiga:

—Tienes tanto dinero y lo enseñas tanto, que no me sorprende que Scotty tenga tan grandes deseos de casarse contigo.

—No hables de dinero, Elena, porque tú tienes tanto como yo... Tal vez Scotty tenga en cuenta, además, que soy la muchacha más siglo XX de Nueva York — respondió con una sonrisa tranquila.

Estamos en una época en que las personas mayores son, para los jóvenes, más un estorbo que una necesidad.

El padre y la tía de “Teddy” permanecían apartados de las reuniones que celebraba la inquieta muchacha. Ni ellos hubieran gozado entre aquel grupo de hombres y mujeres sin otro afán que divertirse, ni Teddy y sus amigos habrían visto con agrado la presencia de aquellas dos “antigüedades”.

Así, se contentaban los dos viejos con mirar desde la galería que daba al salón, el bullicio y el desorden de aquella juventud alocada. El padre dejaba hacer, preocupado con sus negocios y no dando importancia a las locuras “infocivas” de su hija. Pero la tía de Teddy ponía muchas veces el grito en el cielo.

—Los jóvenes de hoy no piensan más que en fumar, beber y bailar toda la noche. No comprendo como le permites a Teddy tanta libertad — dijo asomándose al mirador y contemplando la loca algazara del salón.

—No veo ningún mal en ello... Son todos muy buenas personas.

Llegó Scotty, y con la libertad de las corrientes modernas, besó tranquilamente a Teddy.

—Para estas muchachas un beso no significa nada.

El padre hizo un mohín desdenoso. ¡Tal vez tuvieras razón! Pero ¿cómo luchar contra una sociedad semejante?

Los amigos de Teddy se dirigieron al baile. La

joven y Scotty subieron a despedirse de las personas "formales".

—¿Adónde vais? — inquirió el padre, extrañado.
—Bailaremos toda la noche en "El Capullo de Loto" y desayunaremos en Childs.

El padre frunció el ceño.

—Teddy, me gustaría que no fueses... No es un sitio muy a propósito para una señorita.

La muchacha tornóse pálida de ira.

—¿A qué viene ahora esta disciplina tan intempestiva? — protestó. — ¡Ya lo creo que iré!

Scotty contemplaba en silencio el altercado sin atreverse a tomar parte en él. No le convenía contradecir al futuro suegro, cuyos millones ambicionaba.

—¡No irás! — gritó el señor Gloucester. — ¡Te quedarás en casa!

—Debes ser juiciosa, Teddy — añadió su tía.

—¡Ah, debí sospecharlo! Es a usted a quien debo dar las gracias por esto, ¿verdad?

—¡No te preocunes! — siguió diciendo el millonario. — No irás, porque yo lo mando. Estoy cansado de debilidades para contigo.

—¡Caramba! Esta es la primera vez que te interesas por saber adonde voy. Supongo que lo harás para que mi tía se entere de que eres tú quien debe preocuparse de estas cosas.

—¡Callarás de una vez! Te prohíbo que vayas.

Teddy pareció cambiar de actitud. Mirando a Scotty de un modo significativo, le dijo:

—Scotty, espera un momento y te daré el número del teléfono que me pediste.

Escribió algo en un papel y lo puso en las manos del pretendiente. Luego, saludando con una inclinación a todos, salió de la estancia.

Scotty apenas se atrevió a balbucir un tímido "Buenas noches".

Pero ya en la calle, el muchacho leyó el papel entregado por Teddy, y que decía:

"Espérame abajo".

¡Valiente criatura! No le tenía miedo a nada. ¿Cómo se las arreglaría para salir con él?

Teddy, después de pegar recias patadas en el corredor como si subiera a su cuarto, se dirigió sin ser vista por nadie y con el mayor sigilo a la puerta de



—¡No irás! — gritó el señor Gloucester. — ¡Te quedarás en casa!

la casa, abriéndola y encontrándose junto a Scotty que impaciente la aguardaba.

—No saben nada. Me creen en mi cuarto. Podremos darnos la gran noche.

Y un automóvil los condujo en pocos minutos al restaurante "El Capullo de Loto", una especie de manicomio en donde los hombres de negocios buscaban un rato de "descanso" y las jóvenes modernas un cambio de ambiente.

Teddy se sintió deslumbrada al entrar en él. Una

japonesita deliciosa que no llegaría a diez años se acercó a darles la bienvenida. La señorita Gloucester, abrazando a la pequeña nipona, dijo a Scotty:

—Vete a comprarle una cajita de bombones. ¡Qué monada de criatura!

Scotty fué a cumplir el encargo. Y la joven siguió abrazando y besando a la suave amarilla, con todo el loco frenesí de su carácter.

Un militar la sorprendió en aquella ocupación agradable. Se trataba del capitán Billy Wade que, de regreso de la guerra, se preguntaba, ante el espectáculo de los salones del restaurante llenos de algazara loca, si aquella civilización era la civilización por la cual le dijeron que luchase.

Sonrió ante aquella criatura, de mimos de locuela... Después, penetró en el gran salón, inundado de luz y de músicas apasionadas. Su carácter, reservado y serio, chocaba contra la sociedad actual, dominada por un ambiente de vicio.

Sentóse a una de las mesitas, en compañía de un antiguo amigo suyo, muy conocedor del mundo frívolo. Teddy, acompañada de Scotty, pasó ante el militar, silbando la última canción de moda. Ocupó una de las mesas cercanas, junto con el grupo de amigos que constituiría su compagnie inseparable.

Wade dirigió su mirada hacia los comensales de aquella cena de lujo. Se confundían allí, de un modo lamentable, sin las indispensables barreras que deben existir entre lo bueno y lo malo, niñas y niños "bien" al estilo de Teddy que fumaban cigarrillos egipcios y bebían "cocktails" con peligrosa abundancia, y mariposas de brillante color, estrellas de cabaret, de existencia alegre y despreocupada, sin otra moral que la satisfacción de sus caprichos. Pero, ¿cómo distinguir entre unas y otras?

Exteriormente todas le parecían lo mismo. Wade, dirigiendo los ojos a la muchacha que desde el primer instante le había llamado la atención, la alocada Teddy, murmuró al oído de su compañero:

—No sé por qué me parece que éste no es un lugar propio para esa muchacha.

—¡Ah, la conozco! Su familia es gente "bien"... Mañana, cuando vaya usted a mi hacienda de Dover, pasará por delante de su casa de campo.

La orquesta del restaurante atacó las notas alocadas del "charlestón". Hubo un desbarajuste momentáneo. Las mesas quedaron vacías. En medio del salón, sobre el "parquet" de la pista, se deslizaban las parejas, moviendo grotescamente los pies.

Wade permaneció en su sitio, preguntándose qué provecho daban a la sociedad aquellos danzarines sin alma. Vió que Teddy bailaba con Scott y al pasar la pareja ante él, escuchó como la señorita Gloucester decía a su enamorado:

—No me gusta bailar más que contigo.

Wade sonrió. ¿Sería el novio aquel galán afortunado?

Otra de las muchachas que bailaban guinó al capitán con un picresco gesto de invitación. Este preguntó a su amigo:

—¿También esa muchacha es de familia "bien"?

—¡Por Dios! ¿No la conoce usted? Es Violeta, la amiga de todos... una cualquiera.

—¡Ah, vamos! Pero ¿cómo nota usted la diferencia?

—Tiene usted razón. Ya todas parecen de una misma clase.

Teddy había cambiado de pareja. Elena bailaba ahora con Scotty y ella con un amigo de su tertulia... Y otra vez, el capitán, como si la casualidad se complaciera en rodearle, escuchó las palabras que la joven decía a su nuevo bailador:

—Si quieras que te hable con franqueza, no me gusta bailar con nadie más que contigo.

—¿Ha oido usted? —dijo Wade—. A mí me parece que esta jovencita "bien" es algo loquilla.

—¡Ay, querido Billy!... El mundo está trastornado...

Y reflejando sus propias palabras, cogió una muñequita de porcelana que acababa de comprar y en el reverso de un leterito que aquella llevaba sobre el pecho y que decía: "Yo me llamo Pfuffy", escribió:

"La joven moderna se viste con tan poca ropa como poca sustancia tiene en el corazón y en la cabeza".

—Se la regalo... Se la puede usted llevar consigo al "Salvaje Oeste" para que allí se enteren de lo que es el "Salvaje Este".

—Regalo útil y que aprovecharé... Ha estado usted oportuno... En verdad, usted y yo pertenecemos a un mundo diferente...

—A un mundo muerto, Billy.

—¡Quién sabe! ¡Tal vez esté sólo dormido!...

Había acabado el baile y las parejas se reintegraron a sus puestos, prosiguiendo la cena. Un murmullo enorme, hecho de risas y de taponazos de champaña, se levantaba como una atmósfera caliente... Teddy vivía feliz aquellas horas de libertad; encendió un cigarrillo con el que le brindaba Scotty.

Iba la noche transcurriendo... Y Teddy y sus amigos parecían no tener deseos de terminar. Pero Scotty apremiaba la marcha:

—Es muy tarde ya, Teddy... ¿No te parece que lo mejor que puedo hacer es acompañarte a tu casa?... Tu padre se va a poner furioso...

Teddy, alegramente, respondió:

—Voy a enseñarle a mi padre que no se pueden poner frenos tan de sopetón, sin que el auto patine... Me he declarado en huelga contra mi padre y no voy a ir hoy a casa. ¿Quién se decide a pisar el día de mañana en el campo conmigo?

—No, Teddy. Sería eso muy peligroso para ti...

—No me digas que no... Dame este gusto. Andaremos en auto todo el día y nos detendremos a comer en nuestra casa de campo de Dover.

Elena quiso disuadirla de aquel propósito:

—Tu padre se va a enfadar seriamente..

—¡Y que se enfade!... ¿Hasta qué día vamos a estar esclavizadas las hijas de familia?... Además, no hay ningún mal en ello... ¿Verdad que no?

—Claro que no, mujer — repuso Scotty —. Mira,



Encendió un cigarrillo con el que le brindaba Scotty.

me has hecho variar de opinión: te acompañaré y pasaremos el gran día...

—¡Eso, eso!... A divertirnos, a gozar... Dame más vino, Scotty. Oye, vuelve a tocar la música... Tengo ganas de bailar hasta que se haga de día... Vamos, Scotty, bailemos otra vez el "charleston"...

Y volvieron a danzar, incansables en el movimiento nervioso de sus pies... Wade tenía en sus labios una sonrisa melancólica... ¿Y para salvar ese mundo, él había luchado y sufrido penalidades en el horror de

una guerra sin igual?... ¿Y para defender todo eso habían muerto millones de hombres en un holocausto inútil y trágico?... ¡Qué vergüenza!

**

Para los nervios excitados por el "jazz", ¿puede haber nada más tonificante que la tranquilidad del campo... a una velocidad de sesenta kilómetros por hora?

Scotty y Teddy, cumpliendo en todas sus partes el programa, habían pasado el día corriendo en automóvil y ahora, a media tarde, se dirigían a comer a la casita de campo que los padres de la muchacha poseían en Dover.

—Será delicioso regresar a casa en auto a la luz de la luna — exclamó Teddy.

—En efecto... Pero ahora, lo que nos interesa es comer...

—Vamos a llegar en seguida. Aquí, pasada esta revuelta...

Unos minutos después, el auto se detenía ante una quinta. Teddy y Scotty descendieron del coche y como estuviese la puerta cerrada, la muchacha, ni corta ni perezosa, quitándose un zapato rompió con él uno de los cristales de la ventana, penetrando tranquila-mente por el hueco y abriendo la puerta por la parte interior.

—No hay obstáculos para ti, Teddy — exclamó Scotty, maravillado.

—¡Pues no nos íbamos a quedar en mitad del camino!... Entra, entra... ¿verdad que es bonita esta casa?... A papá y a mí nos gusta tenerla siempre arreglada para venir a pasar en ella los fines de semana...

—Supongo que me prepararás una comida espléndida...

—No faltaba más... Acércate... Es necesario encender fuego...

Una hora después, comían los manjares que pre-viamente se habían llevado en el "auto" y que acaba-ban de calentar a la lumbre. Scotty comía y bebía con exceso... La copa estaba casi siempre en sus ma-nos...

—No bebas más, que con lo que has bebido en todo el día no vas a tener frío...

—¿Y tú qué sabes, mujer?... El vino enciende la sangre y nos hace pensar muy bellas cosas... ¿Ves? Ahora él me da ánimo para decirte que te quiero, que te adoro... y que te cases conmigo...

Sus ojos se habían enrojecido; dos rosas de fuego brillaban en sus mejillas. Parecía otro. El alcohol comen-zaba a poner su llama malsana en el alma de aquel joven "bien".

Entretanto, en casa de los Gloucester reinaba una ansiedad indescriptible... La desaparición de la mu-chacha les tenía a todos atormentados... ¿Dónde es-taría?... Había ido, de seguro, al "Capullo de Loto", pero era ya la tarde del día siguiente y ninguna no-ticia se conocía de ella.

El señor Gloucester llamó a casa de Elena:

—Perdone que la moleste... ¿No le dijo Teddy adonde tenía intenciones de ir?...

Elena lo comprendió todo... Pero sin descubrir a su amiga, respondió:

—No; no sé nada.

El señor Gloucester experimentaba una verdadera tortura... ¿Qué locura habría cometido aquella mu-chacha indomable?

La locura parecía inocente a los ojos de Teddy, pero tal vez tuviese complicaciones inesperadas. Esto se preguntaba la muchacha al ver los efectos que el vino producía en el proceder de Scotty, haciéndole olvidarse de su corrección anterior.

—Vamos, Teddy... dame un beso... ¡Qué bonita eres!... Hoy me pareces más hermosa que nunca...

Quiso atraérsela... Teddy retrocedió ante la mi-rada turbia de su amigo... y luego por un ruido for-

midable que azotaba furiosamente el techo y las ventanas...

—¡Dios mío!...

Abrió la puerta. Llovía; una lluvia torrencial que barría los caminos con la rapidez de un torrente.



—Vamos, Teddy. ¡Qué bonita eres! Hoy me pareces más hermosa que nunca.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Scotty? ¿Cómo salir con este tiempo?

—Bah! No te preocupes... No es más que un aguacero. Tendremos que quedarnos aquí y esperar a que escampe...

—Figúrate qué situación!... Dios quiera que aclare pronto...

—Es una lluvia de verano, mujer... Mira; hablamos de cosas alegres... Te vuelvo a repetir que nunca te vi tan bonita...

—Muchos piropos y probablemente no me quieres de verdad... Mira, quiero decirte algo... Suponiendo que yo fuese una muchacha pobre, ¿te casarías conmigo?

Scotty la miró, queriendo adivinar el alcance de la extraña pregunta.

—¿Cómo podría casarme con una muchacha pobre, si yo tampoco tengo un centavo?

—¿Ves como te guía el interés, únicamente?... ¡Ay! ¿Por qué creo a veces en tus palabras?

—Porque te amo... Esta es la verdad...

Seguía lloviendo y el aguacero se convertía en diluvio. Parecía que la tierra iba a desaparecer arrastrada por el terrible aluvión. Teddy no podía disimular su inquietud... ¿Qué ocurriría si no podían regresar a casa?... Aunque un poco loca y atrevida, consideraba que aquello era ya demasiado. Tendría razón su padre en protestar... Teddy no era mala, sino sencillamente frívola, víctima del ambiente que por el momento se estilaba... Era honrada a carta cabal y no hubiera permitido que nadie se atreviese con ella... Pero sin mala intención, hacia cosas que la susceptibilidad agresiva del mundo tomaba como pecaminosas.

—Esta noche no podremos regresar a la ciudad. Tienes que quedarte aquí conmigo —dijo Scotty con una alegría que no podía disimular.

En él, los malos sentimientos aparecían en toda su desnudez repugnante. Bajo el correcto traje de chico "bien" anidaba el alma corrompida por todos los excesos de una existencia de crápula.

—Anda, dame un beso, monina. ¿Noquieres? Me lo tomaré por la fuerza.

—No, no; apártate...

Pero a Scotty le parecía de perlas aquella aventura. Quiso caer sobre Teddy, con riesgo de romper entre sus brazos nervudos la fragilidad suave de la mujercita. Ella, con fuerzas insospechadas libróse del abrazo.

—¿Por quién me tomaste, Scotty? Yo no soy la que tú te has creído ni tú eres tampoco el hombre que creí...

—Bien — respondió con una risa sardónica el muchacho—. Vosotras sois muy notables. Nos quitáis los frenos y luego queréis que paremos en seco.



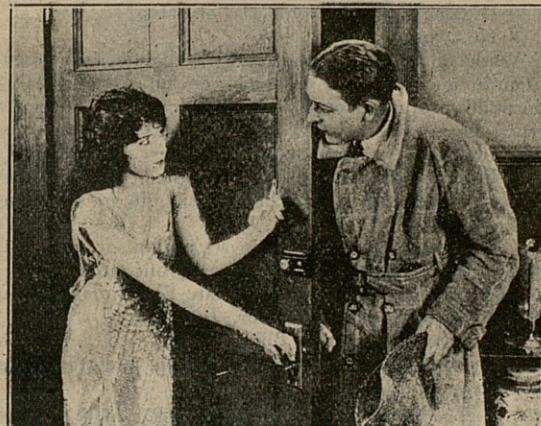
—¿Por quién me tomaste, Scotty? Yo no soy la que tú te has creído...

La lluvia seguía cayendo con una persistencia aterradora. Teddy, para librarse del asedio de Scotty corrió hacia la puerta. Prestó atención. Acababa de oír varias pisadas recias, como si chapoteasen el suelo.

Abrió la puerta y alguien, un hombre que estaba apoyado contra ella, casi perdió el equilibrio con la brusca sacudida.

—Perdone, señorita. He venido aquí a guarecerme de la lluvia.

Era el capitán Billy Wade que se dirigía en automóvil a la finca de su amigo, en Dover, y hubo de apearse por la violenta tempestad de agua y viento que azotaba la carretera. Quiso el destino que fuera



—Perdone usted, señorita. He venido aquí a guarecerme de la lluvia.

frente a la casa de Teddy donde buscara un refugio protector.

La reconoció en seguida como la muchacha que le había interesado en "El Capullo de Loto". ¿Por qué se encontraba aquí y vestida aún con el rico traje de "soirée" que llevaba la noche antes?

—Pase... pase usted — exclamó Teddy con voz turbada—. El rostro simpático del joven le inspiró confianza desde el primer momento—. Dígame, ¿cree

usted que yo podría regresar a la ciudad esta misma noche?

—No llegaría usted nunca con esta tormenta.

—¿De veras es imposible?

—Sería una temeridad.

La voz de Teddy era temblorosa, casi sollozante. El capitán comprendió que algo grave le ocurría.

—Dígame: ¿puedo ayudarla en algo?

—No... no sé.

Wade dirigió su mirada por la habitación, descubriendo a Scotty que tumbado en un sofá se había dormido profundamente. La sombra de una sospecha cruzó por su mente. Reconoció al joven; era el mismo que había bailado con Teddy en el "cabaret".

—Espero que no me juzgará usted por las apariencias — dijo la muchacha, adivinando lo que pensaba el desconocido.

—Las muchachas de ahora se portan de una manera que, a veces, no sabe uno a qué atenerse.

Teddy no se atrevió a contestar. Este hombre, con su mirada fría, de dominador, la turbaba.

—Yo soy el capitán Billy Wade, y si usted no dispone otra cosa permaneceré aquí mientras dure la tormenta.

—¡Oh, pues no faltaba más! Yo soy Teddy Gloucester y quisiera contarle lo ocurrido para que no formase un mal concepto de mí.

Y sin omitir detalle, explicó la aventura. Scotty dormía tan pesadamente, que no oyó el rumor de las voces.

—Bien — dijo Billy después de haberse hecho cargo de la situación—. Puede subir a sus habitaciones... Yo me quedaré aquí toda la noche.

—¡Dios mío! ¿Qué pensará usted de mí?

—Puede usted ir tranquila... Me consta que es usted una muchacha de buena familia.

—Señor Wade, es usted un perfecto caballero.

Retiróse Teddy a su habitación, quedando el capitán junto a la lumbre, llenándose del tibio calor

de los troncos encendidos. Muy cerca de él, seguía descansando, ajeno a todo, Scotty Wilbur. ¡Qué hombre éste! Era el perfecto tipo del ser inútil que fía en una boda su porvenir.

Iba transcurriendo la noche. Comenzaba a apaciguararse el tiempo y sobre la tierra empapada, la aurora de un nuevo día de sol ponía su nota azul de optimismo.

Pero mientras tanto allá, en la ciudad, los padres de Teddy se entregaban a mil conjjeturas. ¿Qué habría pasado? Iban a ponerlo en conocimiento de la policía, cuando sonó el timbre del teléfono.

La que llamaba era Elena, que sentíase atormentada suponiendo el sufrimiento moral de los padres de su amiga:

—Ahora recuerdo — comunicó — que Teddy habló de ir a su granja de Dover, pero no creo que se haya atrevido a ir hasta allá.

Esta noticia hizo renacer la tranquilidad a los Gloucester.

—Iremos a Dover en seguida — dijo el padre—. Voy a pedir un auto por teléfono.

Y poco después, un coche les conducía con una velocidad vertiginosa al encuentro de su hija.

Llegó la mañana. Un hermoso día de sol que abrillantaba con mayor intensidad las hojas de los árboles recién lavadas por la lluvia.

El capitán Wade, después de acicalarse brevemente, se dispuso a marchar. Scotty dormía aún, con la larga duración de los sueños de la embriaguez.

Teddy, vestida con un sencillo traje de lanilla, bajó de sus habitaciones. Había recobrado su buen humor y su simpática alegría.

—¿Qué tal pasó la noche, capitán Wade?

—Encantado... Pero voy a marcharme; no puedo ya detenerme más. ¿Se le ofrece a usted algo?

—Ha sido usted muy amable conmigo, capitán. Nunca podré olvidarle. Ya no necesito nada. Muchas gracias.

—Adiós, señorita Teddy.

La trataba con un respeto galante, que ennoblecía sus palabras. Sólo al marcharse, balbució el capitán envolviendo a Teddy en el círculo de sus brillantes ojos:

—Me gusta usted mucho más vestida con este traje.

—¿De veras?

El sonrió, y ya en el automóvil, volvió a saludar a su nueva amiga.

Scotty había despertado. Se acordaba de todo lo ocurrido la última noche y ya sereno y libre del influjo del vino, pudo considerar que su conducta no era propia de un hombre que como él blasonaba pomposamente de "intachable caballero".

—Perdóname, Teddy. Comprendo que ayer no me porté bien contigo.

Una mujer apareció en el umbral de la puerta que Teddy, distraídamente, había dejado entornada.

Se trataba de la señora Heyfer, una comadre de Dover, que cultivaba el escándalo y despelejaba al próximo con una tranquilidad aterradora.

—He visto la puerta medio abierta y he dicho digo: "Vamos a ver quién anda por la casa".

Teddy y su amigo se levantaron asustados. La señora Heyfer agrandó inmensamente los ojos al ver a Teddy con un hombre. ¡Estupenda noticia!

—Anoche nos sorprendió la tormenta y tuvimos que quedarnos aquí — balbució Teddy.

—Ya... ya... Lo comprendo.

Su voz chillona, estridente, sonaba como un graznido. Pareció aparentar indiferencia y se marchó con el corazón repleto de alegría malsana, de sentimientos innobles. Iba a lanzar por todo el pueblo la sensacional nueva. En sus manos, incapaces de hacer el bien, el honor de Teddy se haría trizas, sin una nota de compasión.

Los dos jóvenes quedaron aterrados. Y unos minutos después, llegaban el señor Gloucester y su hermana a recoger a Teddy.

Ella salió a su encuentro, recobrada ya su tranquilidad. Nada la acusaba; tenía la conciencia bien tranquila.

—¿Te parece digna tu conducta? ¿Está bien lo que has hecho? — interrogó el padre con energica expresión.

—No te enfades, papá. He sido un poco loca, pero nada más. Te juro que tengo el alma bien limpia de toda mancha — dijo riendo.

—Fué una desgracia — aclaró Scotty. — El mal tiempo, la casualidad. Pero ya me conocen. No pueden dudar de mi caballerosidad.

—Es más grave, eso, de lo que ustedes se figuren. ¡Cuando se entere la gente!

—Señor Gloucester, la cosa no está tan mal como parece... Además, Teddy se casará conmigo.

Teddy le miró un momento, de un modo despectivo, insolente. ¡La caballerosidad de aquel hombre! Y lo comparó mentalmente con el arrogante capitán, cuyos actos reflejaban la varonil nobleza de su carácter. ¡Y tendría que unir su vida a un hombre así!

—¡No! — gritó. — Yo no quiero casarme con Scotty.

Todo lo esperaban menos aquella insólita contestación.

—¿Que no te casarás con Scotty? Esta vez harás lo que yo te mande, y anunciarás tu enlace inmediatamente.

—No le amo... — siguió diciendo Teddy. — Si me casase con él, sería muy desgraciada toda la vida.

—¡Harás lo que te mande! — rugió el señor Gloucester.

—Pero, Teddy, por Dios, ¿a qué obedece este cambio? — dijo Scotty sorprendido. — Yo siempre he pensado que te casarías conmigo.

—Te casarás con Scotty. ¡Te lo exijo!

—Papá, no tengo valor para obedecerte en eso — dijo, sollozante, la joven.

—Si te empeñas en desobedecerme y no te casas con ese muchacho, no permitiré que vuelvas a poner los pies en mi casa.

Y salió de la estancia temblando de indignación. ¡Aquella hija le mataría a disgustos!

Scotty aprovechó el momento para salir también y despear la cabeza con el aire puro.

—No te enfades, Teddy. Yo me quedaré aquí contigo. Entre las dos hemos de arreglar este asunto — propuso su tía.

—No quiero arreglar nada. He dicho que no, que no y ¡que no!

Y su firme decisión, aunque no se atrevía a confesarlo, tenía por motivo la persona del capitán Wade, en quien reconocía una superioridad muy notable sobre la colección anodina de los muñecos "bien" que la habían rodeado hasta entonces.

**

Pocos días después, el periódico "Chismografías" hablaba de cierta joven cuyas iniciales eran T. G., que había pasado una noche de tormenta en una casa de campo de Dover acompañada de un galán muy conocido en la sociedad de Nueva York.

Los amigos de Teddy, deseosos de conocer noticias de lo ocurrido, la visitaron en su finca, de donde no se había movido ella en espera de los acontecimientos.

—Estoy preparada para todo. ¿Qué es lo que dice la gente "bien"?

—No te preocupes de lo que diga la gente. Lo interesante es oír lo que tienes que decir en tu defensa — dijo Elena.

—¿De modo que estoy lo mismo que un acusado en un banquillo?

—Figúrate. Tu padre está desesperado...

Llegó Scotty y tuvo que satisfacer, como pudo, las preguntas de sus amigos. Una idea atenazaba su es-

píritu. Era necesario que Teddy se casara con él... Si no, el escándalo formaría época.

—Bueno, bueno — dijo Elena —; todavía no nos has explicado lo que pasó aquella noche.

—¿Lo creeréis? Ninguna de las historias que habéis oído es tan interesante como la verdad — respondió Teddy.

—Cuenta... cuenta...

—Scotty y yo no estuvimos solos aquí, la otra noche...

—¿Que no estuvisteis solos?

Scotty abrió unos ojos enormes. ¡Fantástica Teddy! ¿Qué historia se habría inventado?

—Sí, Scotty. Tú tampoco lo sabes... Cuando te quedaste dormido, vino un desconocido y estuvo sentado en esta silla toda la noche...

Una carcajada general fué la respuesta.

—Y ¿cómo se llama ese angelito de la guarda, caído del cielo...?

—Y a ti, ¿qué te importa? Es un caballero...

—Y desapareció tan misteriosamente como apareció?

—Sí...

—Vamos, Teddy — dijo riendo Scotty —. Eres deliciosa.

—Tú no viste nada porque dormías. Pero te aseguro que no miento.

Llamaron a la puerta y apareció en el umbral un elegante joven que saludó con una amable sonrisa. Teddy le reconoció y dió un grito.

—Usted aquí?

—Me marchó a California y me he detenido aquí un momento para despedirme.

—¡Viene usted de perilla! Mis amigos no quieren creer que la noche de la tormenta estuvo usted aquí. Haga el favor de decírles que no miento.

El capitán Wade dirigió su mirada hacia aquel grupo de gentes murmuradoras que él despreciaba con toda su alma, y respondió:

—Es verdad lo que dice la señorita Teddy.

—Es graciosísimo — exclamó Elena—. ¡Quieras que no, todo el mundo tiene que creer lo que Teddy dice!

—Este hombre que no me conocía, tuvo fe en mí; vosotros que os decís mis amigos, no queréis creerme... Pues si no queréis creerme ¿qué hacéis aquí?

—No olvide que yo estaba aquí aquella noche y no le vi a usted por ninguna parte — exclamó Scotty.

—Pero usted olvida el estado en que se encontraba entonces? Piénselo bien... Y ahora, adiós, señorita Teddy. Mi única misión era despedirme exclusivamente de usted... No tengo más que hacer.

Se alejó con una sonrisa desdénosa. ¡Cómo le repugnaban esos parásitos de la sociedad cuyo único ideal estribaba en hacerse daño unos a otros! Teddy fué a despedirle hasta la puerta, sintiendo por aquel hombre la simpatía que causan los ídolos.

—¡No me creen! ¡No me creen!... No tendré más remedio que casarme con Scotty... Así me perdonarán y admitirán de nuevo en el seno de la gente "bien"...

—¡Ah! ¿De modo que para usted el matrimonio no va a ser más que un medio de que la gente "bien" la admite de nuevo en sus salones?...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? — exclamó, desesperada.

—¿No ha pensado usted nunca en apartarse de esa compañía insustancial y ocuparse en algo más digno que bailar el "shimmy"? Aquí mismo, en esta finca, podría usted formar una granja; ¿por qué no cuidar de ella?

—Nunca se me ha ocurrido trabajar.

—Pues eso es, precisamente, una de las cosas que debiera usted hacer.

Hablaban, junto a la puerta, en voz baja, para que

no pudieran oírlas los amigos que se hallaban en el comedor.

—Si hubiera una persona que me dirigiese, no me importaría empezar a explotar una granja — dijo Teddy, sintiendo que en su alma bullían sentimientos hasta entonces desconocidos.

—Tal vez pueda yo quedarme aquí el tiempo suficiente para enseñarle a trabajar. Me ha interesado usted; la conceptual víctima de ese mundo inútil y quisiera arrancarla de él.

—Pero, ¿cree usted que sembrando patatas conseguiría algo práctico?

—Sí, porque aprenderá usted a no estar ociosa, y cuando regrese a la ciudad, será una mujer de provecho... Y ahora, señorita, adiós; volveré más tarde. Si usted me lo permite, quiero darle algunas lecciones interesantes...

—No me enfado... y las aceptaré...

Teddy era ya otra... Y sus amigos regresaron a Nueva York convencidos de que su amiga comenzaba a estar mal de la cabeza. ¡No querer casarse con Scotty, después de haber pasado una noche con él!... Pero, ¿qué pensaba esta criatura?

Los comentarios eran innumerables en los corrillos de la sociedad "bien" de Nueva York. Todas aquellas damas y aquellos caballeros que tenían la habilidad de ocultar sus pecados, se conjuramentaban para envolver con toda su hostilidad a Teddy que había deshonrado su nombre.

Entretanto, nuestra joven "bien" permanecía en su finca de Dover acompañada de su tía, dedicada a lo que nunca había hecho: "trabajar". Su padre no había querido verla de nuevo, indignado por la negativa de ella a aceptar por marido a Scotty.

Teddy trabajaba bajo las inmediatas órdenes del capitán, convertido igualmente en agricultor y que se había instalado en el pueblo. Habían formado una granja, ya muy nutrida de aves. Sentía Wade que, a pesar de todo, comenzaba a amar a Teddy... Y es-

taba melancólico... Porque, ¿hay algo más triste que enamorarse de una mujer en quien se ven más defectos que virtudes?

Teddy sentíase invadida por un sentimiento de amor... Una vida nueva, como una sangre joven



Teddy sentíase invadida por un sentimiento de amor...

y vivificadora, corría por sus venas, inundándola de alegría. Pero no había podido olvidar sus antiguos hábitos y todavía a veces se acordaba de que era la coqueta irresistible.

—¿Será posible que no pueda usted hacer nada sin coquetear? — dijo Wade una tarde en que al lesionarse ella con un martillo acudió él para que le vendara el dedo, y le sonrió con la mirada picaresca que conservaba de sus días de niña "bien".

—Es usted inaguantable — dijo. Yo no quiero que usted siga gobernando mis actos.

Se marchó hacia un rincón de la granja, dejándose caer en el suelo, preguntándose si no sería mejor abandonar aquel género de vida y regresar al mundo alegre de la ciudad. En esta meditación perezosa la sorprendió Wade que severamente le dijo:

—Escuche usted, señorita. En la granja se trabaja con las manos, no con los ojos...

—¿Es verdad lo que escucho? — dijo una voz. — Teddy, la dictadora, recibiendo órdenes?

Era Elena que habíase acercado de puntillas para sorprender a Teddy... El capitán saludó fríamente a esa mujer que recordaría a Teddy sus días de frivolidad.

—He venido para invitarte a mi baile de disfraces.

—No puedo ir... Quiero permanecer una larga temporada en el campo.

—No seas tonta... Todo el mundo cree que te escondes aquí porque eres realmente culpable y no te atreves a presentarte delante de la gente...

—Yo, tener miedo? ¡Tú no sabes lo que dices! ¡Iré!

Pero cuando el capitán se enteró del propósito de su amiga, la preguntó con actitud severa:

—¿De modo que desea usted dejar el trabajo para volver con ese grupo de gente frívola y desordenada?

—Si usted me dice que no vaya, es posible que me quede — le respondió la joven con una sonrisa coqueta.

—Yo?... Haga usted lo que mejor le parezca...

—Pues iré — respondió, picada — ...y coquetearé con todos los hombres que encuentre.

¿Qué se había creído el capitán Wade? Iría, iría... aunque fuera únicamente por hacerle rabiar.

Una gran parte de la sociedad es caritativa solamente con aquellos que han logrado apartar sus pecados de los periódicos. En el baile de disfraces que Elena daba a sus amigos, este sentimiento se reflejó claramente en la actitud de todos.

Teddy, disfrazada y con antifaz, fué paseando ante los grupos de antiguas amistades que en otro tiempo se disputaban un puesto a su lado y ahora adivinando quien era no se dignaban mirarla...

Scotty sentíase inquieto ante los comentarios desagradables que suscitaba la presencia de Teddy.

—Elena, todos aseguran que Teddy está aquí. ¿Por qué la invitó usted? ¿Por qué la permitió venir? Mucho me temo la den un chasco...

—No se preocupe... Lo hice porque quise probar a Teddy mi amistad.

El antiguo enamorado buscó a Teddy, descubriéndola, al fin, sola y aburrida en un rincón.

—Teddy, estoy intranquilo por causa tuya... No me inspiran confianza las intenciones de Elena...

—¡Bah!... No tengas miedo... Verás cómo no ocurre nada...

La fiesta resultó espléndida... Un jurado competente hizo desfilar las lindas mascaritas para premiar el mejor disfraz. Elena subió a un proscenio y dijo sonriente a sus invitados:

—Los jueces han escogido ya la mejor máscara... Los demás pueden quitarse la careta.

Todos se descubrieron... Y una linda mascarita apareció sobre un tablado, acompañada del presidente de la comisión de artistas.

—Señores; tengo el honor de conceder el premio a... a la señorita Gloucester...

Teddy despojóse del antifaz mostrando ante el público su rostro alegre y tranquilo... Esperó un aplauso, una explosión de cordialidad y entusiasmo... Pero la miraron todos con honda frialdad, con marcado desdén... Su falta era imperdonable para aquella sociedad hipócrita... Teddy sintióse humillada, comprendiendo en un instante la maldad de todas aquellas gentes que sólo guardaban las conveniencias exteriores y en el fondo eran de una maldad refinada.

Comprendió bien cuál había sido el juego de Elena. Esta falsa amiga quiso humillarla, concediéndole el mejor premio para que el desdén de la gente pudiera marcarse con más intensidad... Pero Teddy no quiso reconocer su derrota y pasó con la cabeza alta, orgullosa como una reina entre aquella sociedad que le negaba el saludo.

—Elena — dijo a su amiga —. Me he divertido mucho, pero como tengo que hacer quiero retirarme temprano.

—Cuánto siento que te vayas ya — dijo Elena con falsa ternura —. Supongo que no te molestarás por la actitud de algunos invitados.

—¡Yo?... Tú no me conoces, Elena. Soy otra. Esta noche, la mujer frívola que había en mí ha muerto para siempre.

Envolvióse en su abrigo y salió. Scotty fué a su encuentro:

—Teddy, no te vayas. ¿Les vas a hacer caso a esas gentes?... Quédate conmigo. Si te desdeñas, yo te quiero por todos ellos...

—¡Bah! No te pongas triste, Scotty... Tú tampoco me amas... Y en Nueva York sobran las muchachas ricas que se casarán contigo cuando quieras.

—Por qué dices eso, Teddy?... ¡Ay! Si yo pudiera aconsejarte... Si hicieses lo que tu padre desea, casándote conmigo, volverías a tenerlos a todos nuevamente a tus pies...

Teddy le miró en silencio unos momentos y luego exclamó:

—Es posible que tengas razón, Scotty. Concédeme unos días para pensarlo mejor.

Pasó una semana... Teddy había recobrado su alegría, y con el mayor ardor dedicábase a las labores del campo... Había pedido a Wade le perdonase su asistencia al baile la otra noche, prometiéndole no volver a él. Y el militar comprendía que poco a poco aquella alma de mujer iba rindiéndose a la vida dueña del verdadero hogar.

Una tarde llegó Scotty. Deseaba la respuesta prometida. Se sentaron en el campo. El fumó un cigarrillo y ofreció, como de costumbre, otro a su amiga.

—Ya no fumo.

—¿A qué viene este cambio? — respondió el joven, sorprendido.

—A que soy otra... a que esta vida de campo ha cambiado mi carácter, mi modo de ser...

—Pues, ¿sabes a qué vengo?... A si te casas conmigo...

—No... no... Tú eres un hombre frívolo como yo era antes una chiquilla inútil... Y ahora soy... distinta... Me enseñaron que la vida es algo más que una diversión continua... Espera un momento.

Entró en la casa y a los pocos minutos regresó con un muñeco que había encontrado en el suelo pocas horas después de marcharse el capitán Wade la noche de la tormenta y que éste perdió sin darse cuenta, al abrir su saquito de mano.

Scotty leyó:

“La joven moderna se viste con tan poca ropa como poca sustancia tiene en el corazón y en la cabeza”.

—Esto me hizo ver por primera vez en la vida lo que la gente juiciosa pensaba de nosotros...

—¡Bah! Eso son tonterías... cuentos...

—No; es la pura verdad... Si me casase contigo sin amor, continuaría siendo la mujer egoísta, necia, que era antes...

Y fué inútil. Scotty tuvo que marcharse con la

melancolía de la derrota. Y Teddy, contenta y feliz, hizo un pequeño hoyo en el suelo, colocando en él la muñeca que encontrara un día. En esta ocupación la sorprendió Wade.

—¿Qué está usted haciendo?...

—Estoy enterrando la joven moderna que había en mí... Ella ha muerto y esta es su sepultura.

El capitán Wade sintióse conmovido comprendiendo que la Teddy que tenía delante en nada se parecía a la que un día viera en el “cabaret”. El la había salvado.

—Ha muerto para siempre, Teddy?... ¿Querrás ser una mujer a la antigua? — dijo emocionado.

—Ya lo soy, Billy...

—Pues entonces, entonces... ¿quieres ser mi mujer?

Y ella, radiante, contestó:

—Te quiero, Billy, como no he querido a ningún hombre en la tierra. Me has enseñado la vida del trabajo, has hecho de mí una mujer distinta.

Y se besaron, y Wade estrechó contra su corazón a la mujer que había dejado sus frivolidades de otro tiempo para convertirse en una criatura amante del hogar.

FIN

GRUPO SISTEMÁTICO NÚMERO 1

EDICIÓN BÉLGICA - 1930

En esta novela exija usted la postal-obsequio de

RICHARD DIX

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

LA CIUDAD PROHIBIDA

Creación de la bellísima NORMA TALMADGE
y del simpático THOMAS MEIGHAN

Postal-obsequio: RAQUEL MELLER

32 páginas - Numerosas fotografías

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: 30 cts.

¿Ha comprado usted ya el último
gran éxito de

Los Grandes Filmos

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

DICK, el Guardia Marina?

Protagonista: RAMÓN NOVARRO

Excelente asunto

Numerosas fotografías

PORTRADA DE BUEN GUSTO

64 páginas PRECIO POPULAR 50 CTS.

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barbará, 18, BARCELONA. Ferrol, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN